

TEOTIHUACAN Y TENOCHTITLAN: REFLEXIONES SOBRE LOS MODELOS DE REDISTRIBUCIÓN Y DE MERCADO DE LA OBRA DE KARL POLANYI

Anne Chapman

Resumen: Se trata aquí del análisis de la aplicación del método de Karl Polanyi en función de su modelo de redistribución y su distinción entre mercados controlados por un poder central y el mercado autorregulador de nuestra sociedad. Se estudian los conceptos de Polanyi sobre las sociedades mesoamericanas de Teotihuacan (100-660) y Tenochtitlan (1427-1521), a partir de las interpretaciones de los especialistas y de las conclusiones que puedan sacarse.

Palabras clave: Mesoamérica, Teotihuacan, Tenochtitlan, aztecas, templo, palacio, mercados, redistribución, Polanyi.

Abstract: This work shows the analysis of the application of the method of Karl Polanyi based on his model of redistribution and its distinction between markets controlled by a central power and the self-regulating market of our society. Also studies the Polanyi concepts about the Mesoamerican societies of Teotihuacan (100-660) and Tenochtitlan (1427-1521), from the interpretations of the specialists and the conclusions that could be obtained..

Keywords: Mesoamerica; Teotihuacan; Tenochtitlan; Aztecs; temple; palace; markets; redistribution; Polanyi.

En las páginas que siguen¹ comento las interpretaciones que han realizado algunos arqueólogos y etnohistoriadores sobre las características más relevantes de las ciudades-estado de Teotihuacan y Tenochtitlan en la perspectiva ya clásica de los análisis de Karl Polanyi. Como es bien sabido, Polanyi fue uno de los historiadores de economía más originales y fecundos sobre temas tan variados como el desarrollo del capitalismo en Inglaterra en el siglo XIX (*La gran transformación*, Buenos Aires, 2003) y la presencia o ausencia de ciertas instituciones en la economía de las civilizaciones arcaicas. Enmarcó su visión de las sociedades humanas de una manera que difiere mucho y fundamentalmente de los historiadores y economistas de su generación, apoyándose en conceptos antropológicos. Su influencia sigue vigente en la actualidad, no sólo para los estudios contemporáneos de nuestra

¹ Traducción del francés de Verónica Strukelj e Ixel Quesada.

sociedad, la capitalista, sino también para todo tipo de sociedad, inclusive las que él personalmente no había estudiado, como las de Mesoamérica.

TEOTIHUACAN

Linda Manzanilla es una de las principales arqueólogas que trabajan actualmente en Teotihuacan. Su trabajo en Mesopotamia y sus conocimientos de las civilizaciones de América del Sur son ampliamente reconocidos. También un gran número de arqueólogos mexicanos y norteamericanos ha trabajado en ese sitio, sobre todo desde 1950 (*cf.* Millon 1992). Las fuentes sobre Teotihuacan son casi exclusivamente arqueológicas ya que, a pesar de que hay glifos, la escritura propiamente dicha no existía, contrariamente a lo que sucedía con los mayas de la misma época.

Para escribir este artículo consulté cuatro trabajos de Linda Manzanilla y dos de René Millon, quien también es muy conocido por la excelencia de sus trabajos, especialmente por un plano muy detallado del sitio de Teotihuacan. Asimismo, entre otras contribuciones, Esther Pasztory ha publicado análisis semánticos muy interesantes sobre las expresiones artísticas y sobre la sociedad en su conjunto.

El sitio arqueológico

Teotihuacan, de alrededor de 20 millas cuadradas (32 km²), se encuentra a aproximadamente 70 km al noroeste de la capital de México, en un valle relativamente árido. Ésta fue la primera metrópoli de Mesoamérica, un centro a la vez religioso y manufacturero. Ya en el primer siglo, según Millon (1992: 344), había alcanzado la cifra de casi 100 000 habitantes. Durante su época de expansión, del 500 hasta cerca del 660 dC, la población pudo haber alcanzado 150 000 o quizás 200 000 habitantes. La ciudad fue casi totalmente destruida por el fuego, incendiada por sus propios habitantes descontentos quienes, antes o después del incendio, saquearon la ciudad. Éste fue el comienzo de un gran éxodo. Una parte de la población se instaló en los alrededores (sobre todo en Tula) y ciertos grupos originarios de Teotihuacan llegaron hasta la costa pacífica de Nicaragua, a lo largo de la Península de Rivas (*cf.* Chapman 1960). Si bien la ciudad no fue totalmente abandonada, esta fecha marca su fin.

Muchos de sus monumentos más importantes fueron construidos entre los siglos primero y segundo de nuestra era, a lo largo de la “Calzada de los Muertos”, que atraviesa el sitio de norte a sur (Manzanilla 2001: 221; Pasztory 1993: 52). La Pirámide de la Luna se sitúa frente a esta gran avenida. Sobre el lado oeste de

la calzada se encuentra el templo de la agricultura con sus famosos frescos y un poco más abajo, la enorme Pirámide del Sol, seguida por el templo-pirámide de la Serpiente emplumada, también llamada Templo de Quetzalcóatl. Enfrente se sitúa una plaza, La Ciudadela, y al otro lado de la Calzada de los Muertos un recinto llamado el Gran Conjunto que constituye la plaza más grande de la ciudad. Al borde de esta avenida hay muchos otros edificios importantes como el Palacio de Quetzalcóatl, rodeado por un conjunto de templos cerca de la Pirámide de la Luna. Dispersos en la ciudad, a cada lado de la calzada, se encuentran también conjuntos de monumentos. Una segunda calzada fue construida más tarde sobre un eje este-oeste. Se trata entonces de una ciudad compuesta por un número extraordinario de grandes templos y palacios, ciertamente una de las más asombrosas del “mundo arcaico”.

Millon ha podido identificar y mostrar sobre un plano unos 2 000 recintos encerrando edificios de un nivel compuestos de muchas piezas. En el interior de esos recintos se observan, a menudo, muchos pasillos rodeados de habitaciones. En esos patios había a veces pequeños templos. Más de la mitad de esas viviendas miden 60 m². Las habitaciones servían tanto para uso doméstico como para el trabajo de los artesanos que vivían ahí. Según Manzanilla (1997: 115), algunas fueron utilizadas como almacenes, probablemente para los alimentos y los instrumentos de trabajo. Millon sugiere que gente de diferente estatus habitaba estas viviendas y que cada una podía albergar entre sesenta y cien personas. Había igualmente almacenes en las hileras de habitaciones cerca de los templos o de las pirámides (Manzanilla 1992: 328). La existencia de tantos almacenes señala la importancia de esta ciudad como centro urbano.

Se han localizado dos barrios de extranjeros: uno habitado por artesanos del estado de Oaxaca y el otro llamado “el Barrio de los Comerciantes”, habitado quizá por gente venida de la costa atlántica (estado de Veracruz). Los arqueólogos piensan que tal vez había más barrios de extranjeros en la ciudad. Puede suponerse de forma verosímil que uno de ellos fue habitado por un grupo del estado de Michoacán (Manzanilla 1998: 22). Otros dos conjuntos de edificios han sido clasificados como de tipo militar, a pesar de que Manzanilla insiste en que existen muy pocas representaciones militares (y seculares) hasta la última época (2001: 228; 1998: 25). Por el contrario, Millon (1992: 364-365 y nota 28) estima que los militares desempeñaron un papel importante en esta sociedad. Sobre este tema, como sobre otros, los arqueólogos no están de acuerdo en sus interpretaciones. Si bien coinciden en que en el tiempo de la inauguración del Templo de Quetzalcóatl, entre el 250 y 300 aC, alrededor de 200 individuos fueron sacrificados, la existencia del sacrificio humano después de esta fecha sigue siendo tema de controversia.

Aparentemente había alrededor de la ciudad chozas de paja separadas por campos dedicados a la agricultura, aunque no se sabe quiénes los cultivaban: campesinos de tiempo completo o artesanos de la ciudad. En uno de los conjuntos de viviendas los residentes practicaban la cría de conejos y liebres y, con certeza, la de perros y de guajolotes (pavos), que eran parte de la dieta alimenticia (Manzanilla 1997: 117). El descubrimiento de proyectiles de variados tamaños, utilizados, sin duda, con cerbatanas, indican que la gente de la ciudad cazaba pequeños animales y quizá también ciervos. Una parte del alimento era importado de los alrededores de Teotihuacan.

No se conoce la lengua hablada en Teotihuacan. Ciertos especialistas creen que se hablaba el nahua (el predecesor del náhuatl de los aztecas de Tenochtitlan). Es posible también que hayan hablado el totonaca (lengua hablada en los estados de Puebla y Veracruz) o bien el otomí (lengua de la gente del noreste de Teotihuacan).

Teotihuacan: el problema del mercado

René Millon y Linda Manzanilla difieren en sus interpretaciones en cuanto a un tema de primer orden para la comprensión de la sociedad de Teotihuacan. Millon (1992: 381-382) supone que existía un mercado en el Gran Conjunto a lo largo de la Calzada de los Muertos. Ve, igualmente, huellas de mercados dispersas en la ciudad e interpreta ciertas figuras pintadas sobre los muros del palacio o de los templos como representaciones de comerciantes. Por el contrario, Manzanilla (1992: 328-330; 2001: 224) presenta evidencias de que el Gran Conjunto fue más bien un centro de redistribución de bienes manufacturados y que no se ha encontrado ninguna prueba de un mercado en la ciudad. Ella interpreta las imágenes de los frescos como representaciones de sacerdotes.

Teotihuacan, ciudad sagrada y centro manufacturero

Los arqueólogos concuerdan en que Teotihuacan fue una ciudad sagrada controlada esencialmente por los sacerdotes y un lugar que atraía peregrinos de lugares muy lejanos, sobre todo a partir del tercer siglo. Puede uno imaginarse a las familias de peregrinos paseando a lo largo de la Calzada de los Muertos, deslumbrados por el esplendor de sus monumentos.

Los arqueólogos coinciden también en que la ciudad fue un centro manufacturero. Los artesanos que habitaban las viviendas se consagraban, quizá de tiempo completo, a sus oficios, trabajando al servicio de los sacerdotes; o bien, como

Millon pensaba, ellos vendían una parte de su producción en los mercados de la ciudad. Según Manzanilla, los artesanos entregaban una parte de sus productos a los sacerdotes o a sus asistentes, quienes se encargaban de la redistribución en la ciudad. Ellos exportaban productos de lujo, sobre todo cerámicas finas y objetos de obsidiana, hacia Guatemala (Tikal y Kaminaljuyú) y quizá también hacia Copán, en Honduras (Manzanilla 1998: 27; 2001: 230-232). Manzanilla sugiere asimismo que los sacerdotes nombraban emisarios para el comercio en el exterior (1992: 321-322), es decir, que en Teotihuacan no existían comerciantes del Estado, como los *pochteca* aztecas, ni tampoco puertos de intercambio (cf. Chapman 1957). Las redes de rutas no son muy conocidas, pero se sabe, por ejemplo, que había ochenta conjuntos de establecimientos a lo largo de un corredor que constituía la ruta principal entre Teotihuacan y Cholula (estado de Puebla).

Entre los bienes consumidos por la gente del común y por los sacerdotes, se encuentran textiles, pieles de animales, objetos hechos de fibras de cactus, canastos, ornamentos de jade, de conchas o de plumas así como cerámica, incluyendo, dice Pasztory (1992: 297), “millones” de figuras de terracota fabricadas para rituales.

Importaciones

Millon (1992: 353 nota 19) explica que la cerámica Naranja fina y delgada (*Thin Orange Ware*), si bien se fabricó en Cholula, había sido difundida por Teotihuacan. Después de los incendios que destruyeron el centro de la ciudad (cerca del 660) la fabricación de esta cerámica cesó. Esto quiere decir que Cholula dependía de Teotihuacan para la venta al exterior.

Manzanilla (1992: 331-332) señala también que los extranjeros traían bienes manufacturados a Teotihuacan. Es bien sabido que la ciudad importaba alimentos de los alrededores: patos, pescados y otros productos del lago de Texcoco, miel y aguacates. El algodón venía de más lejos, de Cuanahuac, en el estado de Morelos. La obsidiana, el mineral más importante para la artesanía, venía de las minas vecinas de Otumba y Pachuca, así como otros minerales que Manzanilla consigna: serpentina, hematina, cinabrio, malaquita. Millon (1992: 366) agrega que el hierro de pirita fue importado para hacer espejos.

El material para fabricar bienes de lujo provenía de regiones tropicales: de la costa atlántica (estado de Veracruz), del sur de México y de Guatemala, como las conchas, las plumas de pájaros exóticos, el cacao, el copal (suerte de incienso), el jade, las pieles de jaguar, etcétera. Esta breve enumeración basta para dar una idea de la variedad del trabajo artesanal y de la importancia de Teotihuacan como centro de producción y de difusión de bienes manufacturados.

Teotihuacan se distingue de los otros grandes centros mesoamericanos

Millon afirma sin ambigüedad (1993: 28) que “Teotihuacan no era un imperio”. Precisa: “La región dominada por Teotihuacan nunca fue muy vasta, probablemente no más que diez mil millas cuadradas, cerca del tamaño de Sicilia [...] además es probable que la población bajo su control no haya excedido las 500 000 personas”, así como Teotihuacan no fue un imperio, no tenía sistema de tributo.

Otra distinción, todavía más asombrosa entre Teotihuacan y otras civilizaciones mesoamericanas es la ausencia de representaciones de dinastías de soberanos o de reyes, que caracterizan a las otras civilizaciones (los mayas, los zapotecas, los aztecas de Tenochtitlan, etcétera) En Teotihuacan, los soberanos (probablemente sacerdotes) no fueron representados individualmente. El cargo de responsabilidad estaba identificado, pero sin nombrar al individuo que lo ocupaba. En sus esculturas, como en cualquier otra imagen, el individuo es siempre anónimo, sin historia, disfrazado a veces con una máscara. Las divinidades son reconocibles solamente por ciertos símbolos, por atributos que a veces no se descifran fácilmente.

Como se ha dicho, según Manzanilla, los sacerdotes no solamente ejercían sus funciones religiosas, sino también administraban los asuntos de la ciudad y organizaban la redistribución de los bienes tanto en el exterior como en el interior. Todo el mundo está de acuerdo en que la ciudad fue un gran centro sagrado. Parecería entonces posible afirmar que Teotihuacan fue dominada por el Templo.

El Templo en comparación con el Palacio

Entre el 800 y el 1200, después de la destrucción del centro de Teotihuacan y del éxodo de una gran parte de su población, emerge una nueva perspectiva en el centro de México, y el lugar preponderante lo toma el Palacio (en vez del Templo), donde habitan las dinastías de reyes individualizados (en vez de sacerdotes sin nombre). Pero esta “perspectiva” no fue nueva entre los mayas clásicos. El “modelo” o sistema del Palacio se remonta a los mayas clásicos y quizá a Tula, en el centro de México, y continúa en Mesoamérica hasta la conquista española en 1521 (cf. Manzanilla 1992: 321-22, 333). Así, con base en el modelo de redistribución de Polanyi y en los análisis de Manzanilla, se pueden distinguir dos variantes de sociedad en Mesoamérica. Una es dominada por el Templo, con una red de redistribución organizada por los sacerdotes, sin mercado. Teotihuacan parecería ser la única sociedad de tipo Templo en Mesoamérica. La otra variante, la más prevalente en Mesoamérica, es la del Palacio, con dinastías reales y nobles, ya constituida en Estados-Imperios, con focos de redistribución organizados y

controlados por el Palacio y que aprovechaban los mercados y los tributos, como hemos visto en Tenochtitlan.

Como hilo conductor de la obra de Polanyi es indispensable comprender sus tres “formas de integración”: la reciprocidad, la redistribución y la tercera, que a veces él nombra “*exchange*” (traducida al español como “comercio” o “intercambio” y por Carrasco como “canje comercial”). El ejemplo único de esta tercera forma de integración es lo que Polanyi llama *the price making market*, “el mercado que fija los precios”. Este término me parece más adecuado que “mercado autorregulador” que también se emplea.

Hay muchos “tipos” de mercado que no se regulan por sí mismos, es decir, que no fijan los precios (salvo excepcionalmente) y como consecuencia no son “autorregulados”. Carrasco (1978: 50) distingue, siguiendo a Polanyi, el “mercado libre”, como el autorregulado, del “mercado dirigido” que “sea más aplicable a la economía prehispánica”. Nuestra sociedad se caracteriza, según Polanyi, por un mercado autorregulador. Este “mercado” no tiene lugar solamente en una plaza: puede estar en cualquier lugar donde ocurran transacciones de mercancías: en las sedes de la bolsa, como la de *Wall Street*; en una tienda por cualquier calle de la ciudad, en una esquina cuando dos personas intercambian algo por dinero, o la internet. En cambio los “demás” mercados, que no son “autoreguladores”, por lo general, están en una plaza, u otro lugar designado como tal y el comercio a distancia suele ser organizado como puertos de intercambio (*ports of trade*).

Como se verá enseguida, las “formas de integración” de Polanyi no tienen el mismo alcance. Las primeras dos, reciprocidad y redistribución, se refieren al gran número de sociedades pre-capitalistas conocidas, en tanto que la última “forma” se aplica casi exclusivamente a nuestra sociedad, la capitalista neoliberal, donde sea que domine actualmente: en los Estados Unidos, Europa, la India o en México. Digo “casi” porque elementos del mercado autorregulador ocurren en mercados que no lo son, que no controlan los precios, pero solamente como “elementos”. Y asimismo elementos de reciprocidad y redistribución también se conocen en nuestra sociedad, a pesar del dominio del mercado. Es decir, Polanyi no concibe sus tres “formas de integración” como categorías rígidas, sino como un modo de clasificar las sociedades humanas en términos de cómo regulan el trabajo y la tierra. Las tres “formas de integración” se fundan en el siguiente principio: ¿de qué manera se aprovechan el trabajo y la tierra? El trabajo y la tierra adquieren un significado nuevo, de mayor relieve en nuestra sociedad, porque son mercancías, pero son ficticias, porque no son productos manufacturados como las demás mercancías. Las parejas humanas no tienen hijos para “producir” trabajadores o empleados que venden su labor en un mercado. La tierra tampoco “fue hecha”

para ser vendida en un mercado. Vemos que en el mercado de Tlatelolco, pese a su importancia en la economía, no se vendía la tierra sino, según Carrasco (*ibid.*: 27, 28), de manera secundaria o residual. Carrasco explica (*ibid.*: 29-32) cómo el trabajo “estaba administrado por el organismo político”, pese a que cargadores y artesanos se aquilaban en el tianguis de México.

Tenochtitlan de los aztecas

Pedro Carrasco (1978: 15-76; 1999), uno de los etnólogos y etnohistoriadores más respetados de México, ha trabajado desde hace años sobre temas mesoamericanos y publicado numerosos estudios. Frances Berdan, etnohistoriadora, ha realizado también importantes trabajos inspirados en el modelo de redistribución de Polanyi (su tesis de 1975: 193-233; 1978: 77-95, 175-193; 1985: 339-367).

En un estudio Carrasco (1978) propone reunir a Karl Marx y a Polanyi en sus análisis de la sociedad azteca-mexica de Tenochtitlan. Analiza la sociedad azteca tanto en términos de producción de bienes, según el modelo de Karl Marx, como de redistribución según el de Polanyi. Carrasco señala (*ibid.*: 21-22) que: “El concepto redistribución, es el que más se ha aplicado a las civilizaciones arcaicas como la de Mesoamérica”. Polanyi define la redistribución como “movimientos de apropiación dirigidos primero hacia un centro y después hacia fuera de él.” En la misma página, Carrasco insiste en que “claramente en la definición de ‘redistribución’ Polanyi comprende dos fases: primero, la acumulación de bienes en un centro y, segundo, la dispersión a partir del centro, o sea la redistribución propiamente dicha.” Es decir, Carrasco aclara que tanto la producción como la apropiación actúan como “formas” de redistribución igual que las otras dos.

Si bien Carrasco y Berdan encuentran “elementos de mercado” en Tenochtitlan, estiman que la economía queda incorporada (*embedded*) en el cuerpo social y “controlada” institucionalmente por el rey, el *tlatoani*, es decir, por el Estado. Retomando los términos de Manzanilla, se podría decir que se trata de un régimen de Palacio, concebido como un Estado.

Berdan y Carrasco afirman que los precios no resultaban de la oferta y la demanda, sino que estaban fijados, determinados por el Estado. Señalan que en general la tierra y el trabajo (*land and labor*) no estaban comercializados ni en el mercado ni en sus alrededores. Ellos explican también que la moneda utilizada en el mercado, sobre todo los granos de cacao, cierta clase de tejido (de algodón) de tamaño más bien pequeño y plumas finas, no servían como monedas universales (*all purpose money*) en las transacciones sino como patrones de equivalencia (*stan-*

dard). Por ejemplo, un tejido equivalía de 75 a 100 granos de cacao, los esclavos se vendían entre 8 y 40 tejidos, 20 tejidos equivalían a 20 plumas finas (tropicales).

Los “elementos de mercado”, es decir, lo que Carrasco llama el “mercado libre” (el *price making market* de nuestra sociedad) en el mercado de Tlatelolco, eran principalmente:

1. La presencia de intermediarios en el mercado.
2. Los cargadores.
3. Algunas ventas de tierra, en los alrededores de la plaza del mercado.
4. Los fraudes, como las falsificaciones de las monedas de cacao, que proporcionaban pequeñas ganancias para los estafadores que a veces escapaban del control del Estado.

Otros aspectos esenciales de la economía mexicana, el sistema de tributos y el comercio de larga distancia, han sido ya objeto de numerosos estudios que no abarco en este artículo.

Los mercados aztecas

Frances Berdan explica que existían cerca de cien mercados en el valle de México en vísperas de la conquista española, éstos eran de cuatro tipos (1975: 197-98) en toda el área controlada por los aztecas (por la Triple Alianza, *infra*):

1. Los pequeños mercados locales de regiones más allá del ámbito de Teotihuacan, sobre los que hay poca información.
2. Los mercados en las grandes ciudades sumisas al imperio de la Triple Alianza (de 36 a 38 provincias).
3. Al menos cinco mercados especializados en las ciudades vecinas de Tenochtitlan.
 - a. Mercado de esclavos de ambos sexos, en Azcapotzalco e Itzacan.
 - b. Mercado de cerámica fina, tejidos, vestidos y de calabazas utilizadas como recipientes, en Texcoco.
 - c. Mercado de joyas y objetos de lujo hechos de plumas de pájaros tropicales, en Cholula.
 - d. Mercado de perros, consumidos por su carne (400 o incluso 1 000 puestos a la venta en un solo día) en Acolman.
 - e. Mercado de pájaros vivos en Otumba y Tepeaca.

4. El mercado de Tlatelolco parecería único en Mesoamérica por su tamaño, la gran variedad de sus productos y la afluencia de compradores. Este mercado se situaba sobre la misma isla de Tenochtitlan, en el barrio llamado Tlatelolco.

El mercado de Tlatelolco fue de tal envergadura que no existía igual en las demás sociedades prehispánicas de América, ni en las de los mayas de la época Clásica (200 a 900 dC) ni entre los incas. En este artículo ofreceré solamente una mirada general de este extraordinario mercado, a partir de algunas fuentes de los testigos y referencias de los etnohistoriadores Pedro Carrasco, Frances Berdan y Ana Garduño.

Cortés y Bernal Díaz del Castillo llegan a Tenochtitlan con su ejército y sus aliados indios en noviembre de 1519, dos años antes de la caída de los aztecas, de la destrucción de su capital Tenochtitlan y de la muerte de una gran parte de sus habitantes. Pero en este primer momento Cortés es recibido de manera cordial por el rey, Moctezuma II, quien le propone visitar la ciudad en compañía de los nobles aztecas. Ellos conducen a Bernal Díaz del Castillo al mercado de Tlatelolco.

Veamos en primer lugar la gran variedad de los productos vendidos en este mercado según los dos testigos, Hernán Cortés, en su Segunda carta de Relacion (pp. 234-37) y Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (pp. 330-332). Se podía comprar maíz en grano y en pan, frijol y “todas las maneras de verduras”, miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, guajolotes domésticos, perros castrados, criados para ser consumidos, animales salvajes capturados, como conejos, liebres, venados, patos y muchos otros pájaros, pescados, ranas, crustáceos y sal. Ofrecían cueros de venado con pelo y sin él, teñidos blancos y de varios colores, así como excremento humano que los artesanos utilizaban para curtirlos; telas, algodón y tinturas, vestidos de algodón y de agave (los primeros para los nobles y los segundos para la gente común); todos los productos de los artesanos, que incluían joyas de oro, plata y jade (que sólo los nobles compraban) y también materias primas como plomo, latón, cobre, estaño, piedras, huesos, conchas, caracoles y plumas. En casas se vendían bebidas y alimentos preparados como pasteles de aves y empanadas de pescado. En la calle de herbolarios se vendían raíces y hierbas medicinales en tanto que en casas como de boticarios se ofrecían medicinas hechas. Había también peluqueros para hacerse lavar y cortar el cabello. Se encontraban utensilios domésticos, vasijas de oro y plata (destinadas a las fiestas del palacio), pipas, papel de corteza, hachas de cobre, cuchillos de obsidiana, materiales para la construcción de casas. Había semillas de cacao que servían para hacer la bebida de chocolate (un tipo inferior de cacao servía de moneda), etc. Se trataba de casi todos los productos que exis-

tían en el imperio de la Triple Alianza. Deben señalarse, según Bernal Díaz del Castillo, en particular los esclavos de ambos sexos (ya fuera para ser sacrificados o para trabajos diversos). Algunos portaban pesados collares de madera para evitar que se escapan. Carrasco aclara (1978: 31) que los esclavos tenían sus propios derechos y que su condición no era tan dura como fue en “la antigüedad clásica”.

No faltaban materiales de gran valor como la obsidiana (que llegaba a Tenochtitlan como tributo), adobes, ladrillo, madera labrada y por labrar. Así como piraguas (un tipo de canoas) el único medio de transporte. Había, según Cortés, “hombres como los llaman en Castilla ganapanes para traer cargas.” Ángel Delgado Gómez explica en una nota que ganapán es el *tameme* y que “tanto las cargas que transportaban como las distancias que recorrían estaban reguladas por ley.”

Casi toda la mercadería era entregada al mercado de Tlatelolco en piraguas, la mayoría provenía ya fuera de los artesanos locales o de las ciudades alrededor del lago de Texcoco. Otras venían de las provincias del imperio, también de ciudades enemigas y de la lejana Guatemala.

Ahora me limito a citar las impresiones de Bernal Díaz del Castillo:

y cuando llegamos a la gran plaza, que se dice el Tlatelulco [*sic*], como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían [...] cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos [...] puestos por su concierto [...] en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza [...] la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, que en *un día* no se podía ver todo [...] Y había entre los nuestros, soldados que habían estado en diferentes lugares del mundo, en Constantinopla, en toda Italia y en Roma, y dijeron que jamás habían visto un mercado tan ordenado y bien organizado, tan grande, tan lleno de gente².

Cortés tuvo la impresión de que la plaza del mercado era como dos veces la plaza de Salamanca y que 60 mil personas frecuentaban ese mercado todos los días, mientras que otra fuente (El conquistador anónimo) declaró que los días de gran mercado, cada cinco días, reunían entre 40 y 50 mil personas y que la frecuentación cotidiana era de 20 a 25 mil personas. Según los historiadores, la población de Tenochtitlan para la época se estima entre 150 mil y 250 mil personas.

Cito de nuevo a Cortés:

Hay en esta grand plaza una grand casa como de abdiencia donde están siempre sentados diez o doce personas que son jueces y libran los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan contino

² [1] Itálicas en el original.

entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Siguen también algunas frases de Fray Bernardino de Sahagún (pp. 325-326), el cronista franciscano que cerca de 1560 estudiaba la sociedad azteca con informantes nativos:

El señor también cuidaba del *tiánquez*, y de todas las cosas que en él se vendían, por amor de la gente popular y de toda la gente forastera que allí venía, para que nadie les hiciese fraude o sin razón en el *tiánquez* [...] y elegían por esta causa oficiales [...] los cuales tenían cargo del *tiánquez* y de todas las cosas que allí se vendían, de cada género de mantenimientos, o mercaderías; tenía uno de estos cargo para poner los precios de las cosas que se vendían y para que no hubiese fraudes entre los que vendían y compraban.³

Estas fuentes, tanto Cortés como Sahagún, muestran que mercado, el *tiánquez*, estaba vigilado y controlado por jueces y oficiales del soberano, Montezuma, es decir por el Palacio, el Estado.

Cualquiera (incluyendo gente llegada desde las provincias del imperio) podía ir al mercado, ya fuera para vender o para comprar, aunque los nobles no tenían la necesidad de vender ya que vivían de los tributos y de las rentas. Quizá los *mayerques*, una especie de siervos, no tenían la posibilidad o la libertad de desplazarse al mercado como tampoco los esclavos. Entre el público de vendedores y compradores, mujeres y hombres, había intermediarios venidos de las provincias para comprar y revender en otros lugares, hombres que vendían sus servicios, no solamente cargadores sino también prostitutas y mendigos, además de los inspectores de precios, que servían a la vez de policías, y un tribunal de tres jueces. Todo da la impresión de un mercado moderno, pero a veces las impresiones engañan. Por más que pareciera un mercado moderno no lo fue, porque, como estamos viendo, estaba controlado por el poder central, el Palacio, y por lo mismo no fue “libre” (termino de Carrasco). Para llevar el contraste más lejos, diríamos que no alentaba ni creaba una clase de comerciantes y de *business men* como nosotros conocemos.

La etnohistoriadora mexicana Ana Garduño ha indicado muy bien el “peligro” que ese mercado representaba para el Estado de Tenochtitlan. Hasta 1473 Tlatelolco era todavía un Estado, más o menos independiente, vecino de los barrios de Tenochtitlan. El mercado fue esencial para el aprovisionamiento de los habitantes de toda la isla así como para el Imperio. Gran parte de los habitantes de Tlatelolco se dedicaba al comercio, aunque también a la guerra. Es difícil

³ Itálicas en el original.

exagerar la importancia económica que este mercado y este barrio representaba para el poder político. Garduño ha descrito el origen y los detalles de esta historia. Ella constata que a pesar de que Tlatelolco fue habitada por el mismo pueblo que Tenochtitlan era considerado por éste como un peligro. Con su conquista en 1473 el peligro fue eliminado y Tlatelolco se vio obligado a ceder la administración de su mercado y a pagar tributos a Tenochtitlan durante casi 50 años, hasta la conquista española, en 1521.

No es posible, en este breve ensayo, mencionar el gran número de publicaciones recientes que tratan el tema de los mercados aztecas. Me limito a señalar algunas de las conclusiones de los dos etnohistoriadores mencionados más arriba, Carrasco y Berdan. Ellos se dieron cuenta de que el problema no consistía en interpretar los elementos del mercado en tanto indicadores de un capitalismo en ciernes ni como el mercado creador de precios de Polanyi (*price making market*), sino de situar el mercado en relación con las otras instituciones del modelo de redistribución.

CONCLUSIONES

Los aportes de los análisis de Manzanilla y de Millon sugieren que Teotihuacan estableció, si se puede decir, un sistema de redistribución del Templo controlado por los sacerdotes, según Linda Manzanilla, sin mercado. Los estudios y análisis de Pedro Carrasco y Frances Berdan proponen que el régimen de los aztecas de Tenochtitlan también se caracteriza por un sistema de redistribución controlado por el rey y los nobles, es decir por el Palacio. A pesar de la envergadura económica del mercado de Tlatelolco y de la red de mercados en el imperio azteca, el sistema estaba dominado por el Palacio, es decir, el mercado no fijaba los precios, ni las ganancias de los vendedores, sino que estaba sujeto y controlado por el Estado, cuyo poder en Tenochtitlan emanaba del Palacio.

Este breve recorrido por Teotihuacan y Tenochtitlan nos conduce a considerar dos variantes del modelo de redistribución de Karl Polanyi: una del Templo, quizá sin mercado en Teotihuacan, y la otra del Palacio, con su poderoso mercado de Tlatelolco en Tenochtitlan.

REFERENCIAS

BERDAN, FRANCES F.

1975 *Trade, Tribute and Market in the Aztec Empire*, tesis de doctorado en Filosofía, University of Texas, Austin.

- 1978a Tres formas de intercambio en la economía azteca, Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía, política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México.
- 1978b Replicación de principios de intercambio en la sociedad mexicana: de la economía a la religión. Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía, política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México.
- 1985 Markets in the Economy of Aztec Mexico, Stuart Plattner (ed.), *Markets and Marketing*, University Press of America, Lanham.

CARRASCO, PEDRO

- 1978 La economía del México prehispánico, Pedro Carrasco y Johanna Broda, (eds.), *Economía, política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México.
- 1999 *The Tenocha Empire of Ancient Mexico. The Triple Alliance-Tenochtitlan, Tetzaco, and Tlacopan*, University of Oklahoma, Norman.

CHAPMAN, ANNE

- 1957 Port of Trade Enclaves in Aztec and Maya Civilizations, K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, The Free Press, Glencoe.
- 1960 *Los nicarao y los chorotega según las fuentes históricas*, Publicaciones de la Universidad Nacional de Costa Rica, San José.
- 1980 Barter as a Universal Mode of Exchange, *L'Homme*, 20 (3).

CORTÉS, HERNÁN

- 1993 *Cartas de relación, Segunda relación*, Castalia, Madrid.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL

- 1984 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Miguel León-Portilla (ed.), tomo A, Historia 16, Madrid.

GARDUÑO, ANA

- 1997 *Conflictos y Alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan, Siglos XII a XV*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

MANZANILLA, LINDA

- 1992 The Economic Organization of the Teotihuacan Priesthood: Hypotheses and Considerations, Janet Catherine Berlo (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks, Washington.
- 1997 Teotihuacan Urban Archetype, Cosmic Model, Linda Manzanilla (ed.), *Emergence and Change in Early Urban Societies*, Plenum, Nueva York.

- 1998 El Estado Teotihuacano, *México Antiguo. Antología*, tomo 2, Raíces, México.
 2001 La zona del Altiplano central en el Clásico, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), *Historia Antigua de México*, tomo 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

MILLON, RENÉ

- 1992 Teotihuacan Studies: From 1950 to 1990 and beyond, Janet Catherine Berlo (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks, Washington.
 1993 The Place Where Time Began: An Archaeologist's Interpretation of What Happened in Teotihuacan History, Kathleen Berrin y Esther Pasztory (eds.), *Teotihuacan: Art from the City of the Gods*, Thames & Hudson, Nueva York.

PASZTORY, ESTHER

- 1992 Abstraction and the Rise of a Utopian State at Teotihuacan, Janet Catherine Berlo (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, Dumbarton Oaks, Washington.
 1993 Teotihuacan Unmasked: A View through Art. Kathleen Berrin and Esther Pasztory (eds.), *Teotihuacan: Art from the City of the Gods*, Thames & Hudson, Nueva York.
 2001 El arte, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), *Historia Antigua de México*, tomo 4, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

POLANYI, KARL

- 1944 *The Great Transformation, The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon, Boston [traducción castellana: *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003].
 1977 *The Livelihood of Man*, Harry Pearson (comp.), Academic, Nueva York [traducción castellana: *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994].

POLANYI, KARL, CONRAD ARENSBERG Y HARRY PEARSON

- 1957 *Trade and Market in the Early Empires, Economies in History and Theory*, The Free Press, Glencoe [traducción castellana: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976].

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1938 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, tomo II, Pedro Robredo, México.

SOUSTELLE, JACQUES

- 1955 *La vie quotidienne des Aztèques*, Hachette, París.

